



Pastoral y Culturas

La alienación como extirpación de la memoria y la conciencia crítica

Aníbal Cañaverall Orozco

“En tiempos como estos no hay cosa más práctica que la Teología”

Manuel David Gómez Erazo

Can the subaltern speak? The Active Silent Voice of the Pentecostal Women

Néstor A. Gómez Morales

Cuando el paciente tiene la Palabra

Alexander Camacho Erazo



“En tiempos como estos no hay cosa más práctica que la Teología”¹

Manuel David Gómez Erazo²

Resumen

Más allá de la reflexión por la naturaleza de Dios, la Teología es praxis; de ahí que los cristianos puedan corear con el jesuita Ignacio Ellacuría: “en tiempos como estos no hay cosa más práctica que la teología”. Tan práctica es, que en defensa de la vida se va a la muerte; el martirio del profeta es el ejemplo, porque, como lo afirma el obispo claretiano Pedro Casaldáliga: *mi vida son mis causas y mis causas son superiores a mi propia vida*. He aquí, la matriz de la experiencia teologal.

Un nuevo paradigma teológico es posible desde lo político, desde el vínculo con el otro y la otra, desde la multiplicidad de rostros específicos. Lo es la Teología Latinoamericana que orienta su compromiso hacia la restitución de la dignidad humana porque surge de culturas,

sufrimientos, memorias y realidades diversas, complejas, inacabadas: trocitos del camino de 15 mil millones de años del ser humano en la Tierra, cuyo punto de llegada no se vislumbra; de ahí las decepciones, los retrocesos, la frustración de “no haber aprendido” de la humanidad y su dolor. Como afirma el poeta Maragall: *“Este mundo yo creo que no es más que una prehistoria de la Humanidad”*.

Palabras Clave

Teologías Contextuales, Hermenéuticas Específicas, Razón Anamnética, Mártires, Teología Política.

¹ Ponencia presentada durante el *Simposio Internacional de Pensamiento Teológico y Filosófico en América Latina* de la Universidad Católica Luis Amigó de Medellín, Colombia, el 14 de septiembre de 2018.

² Docente y coordinador del programa de Teología y la Especialización en Estudios Bíblicos de Uniclaretiana, Medellín, Colombia. Colaborador en la pastoral bíblica de los Misioneros Claretianos, Provincia Colombia-Venezuela. Licenciado en Filosofía y Estudios Religiosos, Universidad Santo Tomás; formación en Ciencias Bíblicas, Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica. Especialista en Estudios Bíblicos en Uniclaretiana, Quibdó. Doctorando en Teología, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia.

Presentación

En el presente texto se comparten algunas ideas sobre la experiencia en torno al desarrollo de la Teología Latinoamericana. Ahí se circunscribe esta ponencia, al servicio de las tan pretendidas transformaciones socio eclesiales.

La frase del título, es del jesuita Ignacio Ellacuría tomada de un anuncio de la Facultad de Teología de la UCA, de El Salvador. Sin temor a equivocaciones, puede afirmarse que el teólogo ibero-latinoamericano dio cuenta en ella de todo un proceso, transido en su historia y palabra que lo llevó al martirio.

Y surge aquí la pregunta ¿Qué tiene de práctico este asunto? ¿A qué se puede referir con “práctico”? ¿Es el martirio una experiencia práctica? Aquí, desde esta necesidad, se empieza a dilucidar, una y mil veces más, el término TEOLOGÍA, sin mayores pretensiones de rigurosidad académica. En esta búsqueda se llega, justamente desde el final de la vida de este jesuita, a los inicios, a la *memoria*, en las puertas de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

Teología contra la amnesia

Hace un par de años se dio la oportunidad de visitar San Salvador para brindar unos talleres de hermenéutica bíblica a un grupo de agentes de pastoral de los Misioneros Claretianos de Centroamérica y fue posible conocer personas de muchos lugares y contextos culturales de este territorio americano, con diversas cosmovisiones, miradas, proyectos, dolores y esperanzas. Todas y todos, con Biblia en una mano, lapicero en la otra y las ganas de vivir y poner sus contextos en la mesa, el piso y el tablero fueron compartiendo su mirada sobre el texto bíblico para validarlo como mediación hermenéutica necesaria en el quehacer pastoral y político. En términos más teologales, para validar una vez más su *inspiración*.

Durante el espacio se pudo descubrir la imperiosa necesidad de *ver*, en los rostros específicos y complejos de las personas, en las culturas, lugares teológicos y vitales, históricos y carnales, en términos técnicos del actual quehacer teológico, *espacios contextuales* para la exposi-

ción de sus vidas re-narradas intertextualmente con la literatura bíblica. Surgen mil tradiciones de sus pueblos, de los lugares donde habitan, de espacios de alegría perdidos en la inmensidad de la injusta historia política y económica, de la persecución estratégica y la muerte planificada. Narraciones que encuentran en el texto bíblico que propicia, a manera de un espejo, *caer en la cuenta*³ de lo propio para *inventar salidas*⁴ ante las contradicciones de la historia.

Escuchando y viviendo con estas historias se dio la muy anhelada oportunidad de conocer dos espacios: el recorrido ambiental de los mártires jesuitas de San Salvador con dos mujeres que los acompañaban y de Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Caminar y respirar sus lugares, contemplar en silencio los espacios, mirar con los ojos de la interioridad cada momento, sus ropas y objetos atravesados por las balas y las fotos de los lugares y los cuerpos; al contrario de quien piensa en la imposibilidad, ante tanta injusticia todo lleva a creer, a afirmar nuevamente la fe y a sentir una nueva experiencia bautismal. Y, ante las imágenes de sus cuerpos violentados se puede decir de nuevo un *sí creo*.

No puede ser que ante tanto sufrimiento nada valga la pena. Ver las fotos y leer información sobre la investigación para esclarecer la verdad y la responsabilidad legal de estos sucesos, lleva a pensar desde un hondo horizonte de sentido en ¿qué vivían y cómo lo vivían, cómo experimentaban estos misioneros la realidad de la historia, cómo la encarnaban para sentir que, por encima de su vida, asumida como un don en la totalidad de su comprensión, la entregaron, la dieron, la regalaron en un absoluto ejercicio de la libertad? Pedro Casaldáliga, CMF lo dice contundentemente: *mi vida son mis causas y mis causas son superiores a mi propia vida*.

Ellos vivieron una vida coherente con la causa optada y su final es producto de esta coherencia. Dorothee Sölle afirma el contacto con la realidad, con estas contradicciones productoras de sufrimiento así:

Es imposible no tener contacto con el sufrimiento, a no ser que se quiera rechazar la vida misma, cortando toda clase de relaciones y haciéndose invulnerable. Dolores, pérdidas, amputaciones se dan también en la vida más simple que uno pueda imaginar y desear: la

³ Sobre esta expresión afirma Olvani Sánchez Hernández: “desde la experiencia de fe del intérprete en encuentro con el testimonio fundamental de la revelación, dicha dinámica está atenta a la complejidad de las realidades históricas y a su fuerza simbólica, para desentrañar en ellas su sentido salvífico, es decir, para *caer en la cuenta*, siempre de nuevo, de la presencia de Dios en el seno de las realidades de cuyo análisis se ocupa”. En José Luis Meza Rueda (dir.). (2017). *El arte de interpretar en teología. Compendio de hermenéutica teológica*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

⁴ Mercedes Lopes Torres escribió en 1997 un artículo para la RIBLA no. 25 llamado *mujeres que se inventan salidas* refiriéndose al caso de la genealogía de Jesús según Mateo. Desde ese momento, el título me pareció persuasivo y sugerente. Y considero que eso debemos hacer permanentemente desde la fe: *inventarnos* permanentemente alternativas ante la realidad.

separación de los padres, el marchitarse de las amistades juveniles, la desaparición de determinadas formas de vida con las que nos habíamos identificado, la vejez, la muerte de los familiares y amigos, y, finalmente, la propia muerte. Cuanto más estemos incluidos en ella, tanto más profundamente nos veremos afectados por estos procesos de muerte que nos rodean y penetran en nosotros por todos lados (1978, p. 94).

Dentro de todos esos contextos, se le puede agregar a la teóloga la persecución política, en ella a Monseñor Romero y, posteriormente, a las dos mujeres junto a los jesuitas asesinados, entre ellos, a Ignacio Ellacuría, dueño del título de esta ponencia. En esa mesa del pequeño salón principal de la Facultad de Teología de la UCA, en esos álbumes está el registro gráfico de sus cuerpos violetamente ultrajados en los jardines de su casa donde crecen los rosales y cayeron abatidos por la violencia legal. Luego, cambiando de lugar dentro de la ciudad, se pueden constatar los 35 metros de distancia entre la entrada y el altar del templo de la Divina Providencia, donde el capitán Saravia, siguiendo la orden de Roberto d'Aubuisson, estalla el corazón de Monseñor Romero. Ahí, y solo ahí, nace una experiencia teológica. En lugares como esos, con sangre de mártires, se construyen espacios de *memoria*, simientes para este quehacer teológico.

En otro escenario, haciendo un traslado hacia la actual cotidianidad, surgen preguntas en el ambiente familiar más cercano, sobre el mundo y los sucesos en medio de estos contextos tan aparentemente extraños que se están suscitando en el ámbito mundial, en los diferentes aspectos y dimensiones del comportamiento personal y de los pueblos: que si el Brexit, el NO colombiano, las elecciones en EEUU, el recrudecimiento de los racismos y las homo-trans-fobias, los silencios religiosos y a veces cómplices, la búsqueda de la guerra como opción para las soluciones políticas locales e internacionales; la calumnia, la corrupción política y tantas otras realidades cada día atrapadas, leídas y manipuladas por los medios de información masivos que deciden los asuntos a creer y cómo se deben creer.

Ante esta realidad tan compleja y de tantos puntos de reflexión se escuchan, al menos en el medio sociocultural inmediato, menciones como “en pleno siglo XXI y se ven estas cosas”, “estamos viviendo un retroceso”, “esto es un desastre sin remedio”, “no hemos aprendido”, “el ser humano gusta de ser esclavo” y demás expresiones que denotan límite, imposibilidad, decepción. Sin embargo, mirando detenidamente el transcurrir del tiempo, es corto el transcurso de la historia dedicado al ejercicio de conciencia sobre estas realidades que ponen en jaque la humanidad, su comprensión y su narración.

Es importante exponer algunos datos históricos puntuales que forjaron pensamiento en los últimos siglos y deberían marcar ciertos hitos; enumerarlos a todos en este espacio sería complejo. El objetivo es meramente pedagógico:

- La independencia de Colombia, sin entrar en debates sobre dónde y cómo empezó, solo tomando el dato central y sintético conocido: data de 1810, hace 207 años.
- El movimiento feminista iniciado en el siglo XIX. Han pasado menos de 200 años de lucha por la equidad.
- La Segunda Guerra Mundial finalizada en 1945, hace 72 años. El mismo año fue el bombardeo atómico en Hiroshima y Nagasaki.
- La Declaración Universal de los Derechos Humanos publicada en 1948, hace 69 años.
- La clausura del Concilio Vaticano II en 1965, hace 52 años.
- Los disturbios en Stonewall, momento significativo de la lucha reivindicadora de la población LGBTTTI en 1969, hace 49 años.
- La Guerra Civil de Nigeria, conocida como la Guerra de Biafra culminó en 1970, hace 48 años.
- La nueva Constitución Política de Colombia entregada en 1991, hace 26 años; la anterior estuvo vigente desde 1886.
- La masacre de Bojayá, en el Chocó ocurrida en 2002, hace 15 años...

Las lecciones no se aprenden porque se mencionen o se escriban como ley o historia. Puede decirse que el caminar pedagógico, de aprendizaje, aún se está haciendo; la humanidad aún no aprende. ¿Qué son estos sucesos ante los 15 mil millones de años que lleva el ser humano poblando la Tierra? Son leves suspiros. Quizá los aparentes “retrocesos” sean solo la expresión de un camino que apenas empieza a transcurrir.

Como inspiración y ejemplo vino una observación que se puede apreciar en José María Vigil, CMF. Al plantear la teología del pluralismo religioso trae a la memoria lo promulgado por el Concilio Vaticano II: la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. A pesar de publicar el

decreto Unitatis Redintegratio y la declaración Nostra Aetate se podría intuir y concluir que a la Iglesia, en materia intereclesial e interreligiosa, le falta avanzar. En varias partes de su estudio afirma:

Somos la primera generación en toda la historia de la humanidad que se encuentra en esta situación. (...) En el mundo católico todavía no hace 50 años que hemos abandonado el exclusivismo. El cambio vino dado por el Concilio Vaticano II. Quiere decir que sólo ha iniciado el cambio en la actual generación, lo cual explica que en el imaginario popular este cambio todavía no haya tenido tiempo de difundirse ni de echar raíces (...) En estas convicciones han vivido los cristianos durante casi 20 siglos (hasta hace apenas 40 años), poseyendo pacíficamente y sin discusión ese convencimiento de ser la religión única verdadera, la elegida, la predestinada, la llamada a evangelizar a todo el mundo con sus misiones y misioneros, aquella a la que tarde o temprano toda la humanidad se convertiría (2005, p. 24.33.42).

Si en materia ecuménica y macro ecuménica se ve esta realidad ¿qué se puede esperar en materia religiosa-institucional local, en la sociedad, en la política, en las relaciones interpersonales cotidianas y en otros ámbitos? Lo comentado por Vigil es una orientación clara y puede ser aplicada a cualquier contexto de la humanidad: no es que se haya retrocedido, es que todavía estamos aprendiendo, aún no ha pasado mucho tiempo, ni siquiera un siglo, en este caminar sobre la comprensión de la humanidad y su dolor. Al parecer, a las personas, pueblos, religiones, sociedades, instituciones les ha faltado memoria tal y como se mencionó ante el caso de Romero, los jesuitas y sus dos compañeras en El Salvador.

Y cuando se dice *memoria* se trata de una referencia a todo un estatuto que posibilita el quehacer teológico, nacido de la reflexión posterior al absurdo de la guerra llamado *Teología Política Europea*, anterior a la *Teología de la Liberación Latinoamericana*, y asumida hoy en las diversas causas donde la eliminación de todas las formas de la vida se ha ejecutado sistemática y hasta banalmente: ayer en Auschwitz, en los 80 en El Salvador, hoy en Colombia. De esta manera, resignificando la expresión de Albert Nolan, OP, puede pensarse que de “la historia de la humanidad es la historia del sufrimiento” se pasaría a “la historia de la humanidad es la historia de las víctimas”. Los sistemas organizados productores de beneficios tienen una alta capacidad de producción de víctimas o personas inservibles para el sistema.

Un gran esfuerzo colombiano al respecto, reposa en la tesis doctoral, presentada en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá por José Vicente Vergara Hoyos, titulada *El estatuto de la memoria en el ámbito epistemológico de*

la teología, defendida en 2016 y también en el horizonte de la *hermenéutica anamnética*, del mismo autor, planteada en la obra *el arte de interpretar en teología: compendio de hermenéutica teológica*, dirigida por Jose Luis Meza Rueda (2017, pp. 103-122). Entre muchos asuntos, el autor recuerda que uno de los grandes representantes de esta corriente es Johann Baptist Metz, SJ, y su crítica de la *razón anamnética*. El jesuita Alberto Parra, por ejemplo, denuncia el privilegio de la pragmática del conocimiento científico sobre la pragmática del saber narrativo de la religión diciendo que este pensador halla su inspiración y correspondencia:

(...) en lo mejor de la tradición judeocristiana, en la cual conocer no es elucubrar sino experimentar por presencia o por memoria el permanente accionar de la gracia y de la salvación; en tanto que la salvación misma es experiencia y es memoria de la exaltación victoriosa de los humildes sobre los déspotas, de los humillados y ofendidos sobre los explotadores y dominadores, de las gestas de liberación real sobre las libertades apenas conceptuales y formales. La anamnesis constituye alternativa para los idealismos filosóficos, para los positivismos históricos y para los cientificismos, que enseñan a razonar “científicamente” sin memoria de las víctimas, sin Auschwitz y sin Hiroshima, sin Biafra y sin Bojayá, de espalda permanente a la exclusión y a la indignidad (2005, p. 17).

Y es aquí, en este estatuto de memoria de las víctimas donde debería reposar, incluso, todo método teológico y exegético. Por esta razón, es necesario que la totalidad estudiantil del primer semestre de Teología –incluso de Filosofía– tanto del nivel pregradual como del posgradual, visite algún lugar que propicie este ejercicio de memoria histórica. Cualquier casa teológica de estudios debería empezar su primer semestre visitando, escuchando las historias y contemplando el Cristo de Bojayá, conociendo la historia de Trujillo, Valle del Cauca, o visitando en Medellín el Museo Casa de la Memoria, que el eminente teólogo español Juan José Tamayo visitó hace poco a su paso por Medellín y por la Uniclaletiana. Entonces, dijo quedar absorto y haber inspirado el siguiente comentario leído por él durante la apertura del Congreso sobre Mística y Liberación:

A la vista de tamañas situaciones de injusticia estructural, del crecimiento de la desigualdad, de las agresiones contra la tierra, contra los pueblos originarios, contra las mujeres, contra la memoria histórica: feminicidios, ecocidios, epistemicidios, genocidios, biocidios, memoricidio, ¿se puede seguir hablando de mística con un discurso que no sea alienante y con unas prácticas religiosas que no sean estériles?

La pregunta se torna más urgente y radical todavía (...) tras la visita que hice en días pasados, con profundo respeto y veneración, a la Casa Museo de la Memoria de Medellín, donde he visto las estremecedoras imágenes

nes que representan a las 8.731.000 víctimas (oficiales, las reales son muchas más) del conflicto colombiano. Son víctimas de masacres, desapariciones forzadas, violencia sexual, amenazas múltiples, homicidios, reclutamientos forzados, desplazamientos forzados, torturas, despojo de bienes, separaciones familiares, etc. (2018, p. 3).

Este debería ser el punto de partida para la elaboración sistemática de la Teología en cualquiera de sus frentes especializados y discursivos, en la tarea de plantear nuevos lenguajes para reinterpretar la historia en toda su materialidad. Porque la Teología halla desde el razonamiento anamnético, la forma como aborda el absurdo del sufrimiento por muchos motivos: situación económica, defensa de la justicia, color de piel, orientación sexual, experiencia religiosa... generando contextos de humanidad o *rostros específicos* altamente necesitados de una palabra oportuna y humanizante.

Esta es una demanda de la humanidad y, yendo a las fuentes, a los fundamentos de la tradición hebreo-cristiana, también lo demandaría el mismo Dios. Y en este abordaje del sufrimiento y el dolor, del mal en todas sus manifestaciones y rostros, está el meollo del asunto que justifica un millón de veces más que hoy se haga Teología.

Un contexto eclesial que poco ayuda, pero hay salidas eclesiales oportunas

Lo dijo el biblista Pablo Richard en 2004, al comentar el contexto y objetivos de su libro *Fuerza ética y espiritual de la Teología de la Liberación*, elaborado con tal coherencia, que es valioso transcribirlo completo:

Hemos escrito este libro con dolor y esperanza. Dolor por la situación actual de la Iglesia Católica y esperanza porque creemos que otro modelo de Iglesia es posible. Creemos en la Iglesia y creemos que una Iglesia profética es importante para los pobres y excluidos que constituyen el 60% del sistema actual de globalización.

Vivimos una lenta pero muy visible involución de la Iglesia católica, lo que puede provocar a mediano plazo un proceso lento de auto-destrucción. Se ha sofocado el entusiasmo profético, espiritual y liberador que animó a la Iglesia entre los años 60 y 80. La Iglesia hoy es cada día menos evangelizadora, menos misionera y menos ecuménica. La Iglesia abandona su apertura y servicio al mundo para centrarse cada vez más sobre sí misma. El miedo a una reforma de la Iglesia, tal como fue iniciada en el Concilio Vaticano II, está llevando a la búsqueda de una seguridad centrada en la Ley, el Dogma y el Poder en la Iglesia. La involución actual ha provocado el resurgimiento del modelo anterior de Iglesia construido por los Concilios de Trento (1545-1563) y Vaticano I (1869-1870), concilios típicos de contra-reforma en la tradición de la Iglesia.

La Iglesia ya no es fundamentalmente pueblo de Dios, sino una institución jerárquica reducida a tres realidades que aparecen como únicas: el Papa en Roma, el Obispo en su diócesis y el cura en su parroquia. Los laicos desaparecen, las mujeres no existen.

Cada día la Iglesia pierde más gente, especialmente la gente joven y los más críticos. La deslegitimación de las Comunidades Eclesiales de Base y su método de ver, juzgar y actuar, ha desorientado profundamente a los pobres, los cuales han terminado buscando un refugio en las pequeñas Iglesias evangélicas, especialmente pentecostales. Los cristianos más activos en los movimientos sociales de base, en la política y en el mundo de las ciencias modernas se alejan de la Iglesia y construyen su propio camino espiritual fuera de ella. La Iglesia se concentra en temas morales secundarios y deja de lado los problemas urgentes como la exclusión, el hambre, la guerra, la destrucción ecológica, la justicia y la paz en el sistema actual de globalización. La deslegitimación de la Teología de la Liberación y de otras teologías críticas, ha provocado "el fin de las teologías" en la Iglesia. Lo que tenemos hoy son teologías amorfas y sin contenido, que está provocando una dispersión intelectual y un vacío espiritual en la Iglesia. Hoy día caemos en todas las tentaciones que rechazó Jesús: la tentación del poder económico, político y religioso (Lc 4,1-13). Lo más perverso es la tentación de utilizar el poder religioso para dominar la conciencia del pueblo, lo que ha llevado a casos graves de corrupción ética en la jerarquía.

Según el Papa Pío XI, la Iglesia perdió en el siglo XIX a la clase obrera, por no entender a tiempo la revolución industrial. El intento de erradicación de la Teología de la Liberación en el siglo XX podría llevar a la Iglesia a una pérdida de los pobres y excluidos en el Tercer Mundo. En este siglo XXI, si la Iglesia no cambia su estructura patriarcal, podría perder en forma masiva a las mujeres y a todos los que toman conciencia de género. Muchos buscan superar el deterioro de la Iglesia católica con la creación de movimientos de élite con mucho poder o con la creación de movimientos masivos, alienados espiritualmente y ajenos a la tradición de la Iglesia iniciada en el Concilio Vaticano II. En todos estos intentos hay mucho dinero, mucho poder y mucha institución, pero muy poca teología, ética y espiritualidad. Se retorna en la Iglesia al régimen de la ley y de la centralización del poder. La Iglesia se preocupa por la vida antes del nacimiento (problema del aborto) o por la vida eterna después de la muerte, pero no da soluciones éticas al problema de la vida en el mundo globalizado actual, donde el 60% de la humanidad está excluida y amenazada de hambre y de muerte; y donde el cosmos se destruye aceleradamente.

Todo lo anterior nos causa dolor, pero queremos hacer una propuesta positiva y de esperanza. Preferimos encender una luz que maldecir las tinieblas. Nuestras comunidades cristianas necesitan recuperar su fuerza ética y espiritual para vivir la fe con entusiasmo, alegría y esperanza. La Teología de la Liberación sigue teniendo fe en la Iglesia y no abandona el espacio eclesial ya conquistado y construido inicialmente por los mismos obispos en el Concilio Vaticano II y en otros eventos como las conferencias de Medellín y Puebla. Estos eventos fueron un don extraordinario de Dios para programar el futuro de la Iglesia. Luchamos no por otra Iglesia, sino por otro modelo de Iglesia, una Iglesia Pueblo de Dios, donde los pobres y excluidos

“En tiempos como estos no hay cosa más práctica que la Teología”

tengan un lugar preferencial. La Teología de la Liberación no desea desgastarse en conflictos institucionales y dogmáticos, sino crecer ahí donde está su fuerza, dentro y fuera de la Iglesia. Creemos que es posible refundar el cristianismo y radicalizar hacia el futuro la reforma de la Iglesia, para que pueda responder de esta manera a los desafíos actuales y futuros de la globalización (pp. 18 y 19).

En síntesis y en palabras de Juan José Tamayo, quien usa una expresión parecida para designar la problemática, pero desde el macro ámbito religioso permanentemente desfigurado:

Esa danza de la muerte de las religiones y de los dioses debe terminar y dar paso a una apuesta por la vida, sobre todo de quienes la tienen más amenazada. Las religiones defienden la vida, es verdad, pero sobre todo antes del nacimiento –del no nacido- y después de la muerte –la vida eterna- (Tamayo, s.f.).

Hoy, este discurso sigue vigente. Y también, la claridad de apostarle a la vida y a los pueblos. Por esa razón, siguiendo a Jon Sobrino, SJ y a Juan José Tamayo, se debe hablar de *principio-esperanza* y *principio-liberación* entendiendo el quehacer teológico, no como un *intellectus fidei* como siempre se ha entendido, sino como un *intellectus amoris*, dándole lugar a toda utopía socio eclesial para generar otra teología posible y, por extensión, *otro mundo posible*. Y para eso, la propuesta es volver a las raíces hebreas de la historia de nuestra fe y dejar de lado, al menos temporalmente, las raíces griegas, siempre privilegiadas en el quehacer académico. Se ha dado más lugar a la mirada discursiva helenística en la Teología que al sentir de esclavos que buscan libertad según pensamiento hebreo (Tamayo, 2004, p. 47).

Una de las mejores definiciones de la palabra *Biblia* es del mismo Juan José Tamayo como *enciclopedia de utopías* (2004, p. 14). Y muy atinada la expresión: ¿qué es acaso la historia bíblica sino el transcurrir de un pueblo que debe aprender a ser pueblo de la mano de su Dios, en medio de tantos sufrimientos e invasiones imperiales por causa de esos dioses, donde la vida no parecía tener lugar, donde la justicia era imposible y la razón la tuviera el vencedor?

En medio de toda esta contradicción, la Biblia conserva la memoria de este pueblo que interpreta su historia desde la fe compartiendo la gran imagen de Dios que tanto cuesta asumir: el Dios de la Historia, de la Libertad, de la Esperanza y de la Vida. El Dios del Reino. El Dios de la Resurrección. Pero sin eximir del sufrimiento; todo lo contrario, enseña a vivirlo y a sacar humanidad de Él. Siguiendo a Dorothee Sölle:

La fe cristiana no responde al sufrimiento aboliéndolo sin más u ofreciendo un consuelo, no ofrece ningún “remedio sobrenatural contra el sufrimiento”, sino que aspira a un “uso sobrenatural del sufrimiento”. Las mutilaciones del hombre no desaparecen. Incluso Cristo resucitado seguía llevando las cicatrices de las llagas (1978, p. 157).

Entonces, para el caso del cristianismo compromete más porque las memorias de la experiencia de Jesús, de su buena noticia del Reino y de las comunidades cristianas primitivas se encuentran atravesadas por unos contextos históricos específicos –una religión oficial intolerante y un imperio dominador de turno, ambas con sus dioses-comunicados narrativamente de una generación a otra propiciando una praxis permanente en el pueblo creyente de todos los tiempos. Lo cual no parece tener relación alguna con una comprensión de lo religioso como algo del ámbito privado de los ciudadanos.

Se creará que la justicia es un término solo político o jurídico, pero no: también es teológico. Ese Dios que asume la causa de la libertad y de la humanidad, del amor infinito y eterno expresado desde la propia noción hebrea de justicia está dentro del término Alianza, experiencia que atraviesa toda la literatura bíblica, desde el Éxodo hasta Jesús y las primitivas comunidades cristianas, donde se muestra la divinidad preocupada únicamente por el bien de la humanidad y, sobre todo, por el empobrecido, el sufriente y el oprimido (Queiruga, 2013, p. 45) para llegar, de esta manera, al corazón de la literatura bíblica y al núcleo de la experiencia teológica (De la Torre, 2000, pp. 2-3).

Son diversos contextos, diversas situaciones, diversos rostros que especifican la acción salvadora y acogedora de la Divinidad. La experiencia de Dios en la literatura bíblica es siempre específica: no es igual la forma como se captó la revelación en el libro del Éxodo a como la captó el Evangelio de Juan, por ejemplo. Y para el caso concreto de Jesús, siempre se comportó de formas específicas con cada cuerpo y rostro sufriente privilegiando su humanidad sin mirar el pecado personal, sino al contrario, denunciando el pecado estructural que produce esa situación puntual de sufrimiento. Siguiendo a J. B. Metz, quien dijo que “teología sin sufrimiento sería mitología”, puede pensarse en cómo Jesús, en su contexto, se preocupó y centró su reflexión en cómo disminuir el sufrimiento en la ciudadanía que lo rodeaba y, desde ahí, habló de Dios con sus gestos inclusivos.

Hoy, con estos dos puntos de reflexión, la pregunta es ¿Cómo pensar a la humanidad y a Dios? Por esa razón, esta ponencia comienza abordando el hecho del sufri-

miento humano durante el contexto del martirio salvadoreño, pasando por la segunda guerra mundial y los campos de concentración, específicamente, en Auschwitz; luego nombrando los propios nichos de revelación contextual colombiana y cómo, ante tanta barbarie y banalidad del mal, como lo expresaría Hannah Arendt, urge volver a pensar la vida políticamente a través del vínculo con el otro, desde la multiplicidad de sus rostros específicos.

El nuevo paradigma teológico debe pensarse desde aquí

Juan José Tamayo comenta con el término *nuevo paradigma teológico* cómo la intuición primera de Gustavo Gutiérrez y muchos otros y otras, pensando el quehacer teológico latinoamericano, originaron desde sus contextos diversas formas de ejecutar la reflexión. Reflexión que en el Movimiento Bíblico Latinoamericano y la Uniclaretiana se denomina *Hermenéuticas Específicas*.

Hoy, celebrando los 50 años de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, el inicio de la reflexión va por el camino de la memoria y la compasión: “Existen muchos estudios sobre la situación del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria, como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo” (Sobre la justicia, l.1.).

En el contexto específico académico claretiano se da continuidad al quehacer teológico nacido directamente de la experiencia misionera traída desde hace 100 años, con el arribo de la Congregación a Colombia, mostrando la originalidad del pensamiento desde los comienzos, haciendo memoria sobre el primer imprevisto que debieron enfrentar estos misioneros: la orden de la Santa Sede y del Gobierno Colombiano de acompañar la situación social chocona.

Uniclaretiana es el resultado del clímax misionero en el Chocó que el 14 de febrero de 2009 cumplió 100 años de labor apostólica. En 1908, empezó la historia claretiana en Colombia cuando llegaron los primeros sacerdotes con objetivos evangelizadores a los sitios de más difícil acceso del territorio chocono, con presencia de comunidades indígenas de diversa índole, además de comunidades afrodescendientes, ubicadas en las cuencas de los ríos Atrato, San Juan y Baudó.

El éxodo de los claretianos en algunas misiones africanas motivó a la Santa Sede a enviar a la Congregación, por pedido del gobierno nacional, y a comenzar legalmente firmando el decreto de erección de la Prefectura

Apostólica del Chocó en la República de Colombia, emitido desde Roma en la audiencia del 28 de abril de 1908. Vale la pena mencionar el texto a continuación:

En el vastísimo territorio de la República de Colombia, denominado Chocó, hay un gran número de habitantes que, viviendo aún en la superstición e ignorando toda regla de moral, van errados del camino de la salvación eterna. Por lo tanto la Santa Sede, anhelando proveer al supremo bien de esas gentes, ha decretado erigir dicha región en Prefectura Apostólica, encomendarla al cuidado de los Misioneros del Instituto de Hijos del Inmaculado Corazón de la Beatísima Virgen María (De la Torre, 2009, pp. 28 y 29).

Abandonando un análisis exhaustivo del texto del convenio es oportuno señalar, desde la óptica histórica y claretiana, las opciones éticas, interculturales y específicas de la Teología en la Uniclaretiana. Teniendo el anterior contexto, se pueden ver con claridad los estereotipos sintetizados por los rostros que debían ser atendidos en la misión colombiana: “los supersticiosos y los inmorales” necesitados de enrutar el camino de la salvación eterna. Los claretianos, ingresando al territorio chocono, no imponen el pie y la mano cerrada colonizadora en el inicio, sino el oído atento de la escucha a las culturas por conocer.

Gonzalo de la Torre, CMF el fundador de la Uniclaretiana, señala al respecto:

La pregunta que surge, después de cien años de evangelización realizada por los Misioneros Claretianos, es ésta: ¿cumplieron dichos misioneros con ese cometido? ¿Qué pasó en el camino, que ellos terminaron haciendo otra cosa, por ejemplo, valorando sus culturas, recogiendo las en sus escritos, en sus registros fílmicos (...) escribiendo libros (...) sobre la lengua, los mitos y leyendas, los usos y costumbres de los indígenas?

Seguramente que la cercanía con las personas y las comunidades, sus vidas amenazadas, su sencillez y su pobreza, su acogida y ternura, todos los valores humanos que se experimentan cuando se vive cerca de ellos, seguramente que todo esto fue marcando el alma misionera hasta hacerlo unos verdaderos apóstoles o “enviados” frente a sus “supersticiosos e inmorales” feligreses (2009, p. 29).

La Congregación respondió con desobediencia al pedido del Estado y de la Santa Sede con la obra misionera efectuada hasta hoy. Esta labor continuó diezmando la vida de muchos misioneros, fundando espacios de formación, atendiendo el crecimiento de la Iglesia local, viviendo de cerca las necesidades de las comunidades olvidadas por el gobierno colombiano y, todo, con la Biblia en la mano, haciendo una reflexión ética contra el pedido de los superiores y procediendo con entera libertad ante la realidad de sufrimiento, manteniendo una postura intercultural, dejándose evangelizar por los rostros de indígenas y

afrodescendientes y, también, de mujeres entre las etnias, cuerpos específicos anidados en la presencia del Espíritu.

Hoy, siguiendo el camino de la desobediencia institucional, continúan con la obediencia de este llamado, porque supieron atender y escuchar los signos de los tiempos. Y aquí está el germen de la perspectiva intercultural de su quehacer académico, tan necesario en la promoción del nuevo paradigma teológico, como lo llama Tamayo.

La experiencia de la coherencia claretiana será una entre muchas. En la experiencia salvadoreña llama la atención que, luego del martirio de Romero, entre los jesuitas asesinados hay dos mujeres, Julia Elba y Celina Ramos, nombradas no por protocolo inclusivo, sino por mandato teológico. Y hoy, muchas más experiencias van surgiendo y obligando a la Teología a ser palabra oportuna que colabore en la restitución de la dignidad humana.

La Iglesia Latinoamericana se dejará permear de estas múltiples realidades y concretará, luego del mensaje anteriormente citado de la Conferencia de Medellín, en la de Puebla de 1979, que la situación de extrema pobreza generalizada adquiere en la vida real rostros muy concretos en los cuales se deberían reconocer los rasgos sufrientes de Cristo que cuestiona e interpela. Y nombra a los niños, la juventud, los indígenas y afroamericanos, los campesinos, los obreros, los subempleados y los empleados, los marginados y hacinados urbanos, los ancianos, como sujetos en situación de permanente violación de la dignidad humana (no. 31-41).

A la lista de la Iglesia de Puebla, hoy se pueden agregar muchos más rostros y perspectivas que justifican, política y teológicamente, una postura intercultural: la crítica feminista que ha hecho tan grandes aportes al pensamiento teológico cuestionando el patriarcado (raíz de todo mal desde esta opinión), la población LGBTIQ, el planeta Tierra, los demás paradigmas teológicos, las teologías surgidas de determinados territorios geográficos como las africanas y asiáticas, el diálogo con otras posturas existenciales, la economía generadora de muerte.

Este, el diferente, deshumanizado y empobrecido, el sujeto abyecto de las teorías queer, se menciona, es narrado sujeto emergente en todo el dinamismo tal y como lo presenta Alberto Parra, SJ:

La común inserción en los movimientos populares, en los barrios de periferia y en la reflexión metódica permitió hacer lucir nuestra propia conciencia acerca de la amplitud semántica de aquello que nombramos y amamos bajo el nombre entrañable de pobre: el carente en sentido económico, el subyugado en sentido cultural, el violentado en sentido político, el enfermo

en sentido clínico, el iletrado en sentido educativo, el negro y el indígena en sentido étnico, el diferente en sentido sexual, el infectado en sentido epidemiológico, el huérfano y la abandonada en sentido familiar, la mujer victimizada en sentido de género (en Vivas Albán, 2001, p. 15).

La Iglesia debería quebrar la expresión “Roma locuta causa finita est” y es hora de que todas y todos, en la conciencia, quiebren ese paradigma para encarnar, sacramentalmente hablando, cada rostro sufriente donde está la concreción de una hermenéutica específica, de un quehacer teológico contextual, de un lugar teológico, de un nuevo paradigma basado en el razonamiento anamnético.

Con estas claridades, es posible concluir para dejar abiertas nuevas posibilidades de profundización. Aquí no están abordados todos los aspectos pero, al menos, interesa dejar claro desde dónde se debe hacer el ejercicio hermenéutico y el porqué de la practicidad del quehacer teológico.



Conclusiones

La literatura bíblica, como enciclopedia de utopías judeo-cristianas, prefigura nuestras utopías, reta a recorrer, sufrir, vivir con esperanza y a escribir defendiendo la justicia para caminar con otras y otros en la proyección y anticipación de sus propias utopías. ¿Quizá sea este un horizonte de sentido de la palabra tradición en la Teología? Si es así, el punto de contacto no es la fe, sino lo que hermana en humanidad: el vínculo entre dolor y compasión. Y ahí estaría la fe. Aquí, en este punto dialógico, se desarrolla todo el vértice del correcto quehacer teológico. Y quien dé la vida por este ejercicio de compasión teológica, en búsqueda de la disminución de la injusticia y el sufrimiento, demostrará, en último y pleno término, la mayor practicidad del trabajo teológico: el martirio del profeta.

Dice Andrés Torres Queiruga que “la urgencia más actual de la teología consiste en lograr que la experiencia radical de la fe resulte más comprensible, creíble y vivible para las mujeres y los hombres de hoy” (2013, p. 41). Y no puede referirse a la trasnochada reflexión por la naturaleza de Dios sino por su lenguaje, función y quehacer práctico. Por lo tanto, el profeta no puede quedar muerto para siempre porque, de lo contrario, se le daría la razón al imperio y a sus dioses. Su memoria debe perdurar. El intellectus amoris trata de esto. Decir como lo afirma Dorothee Sölle “Dios es el símbolo de nuestra infinita capacidad de amar” (1978, p. 97) o Andrés Torres Queiruga “Dios consiste en estar amando” (2013, p. 36).

El cristiano y la cristiana es una persona que trae la muerte tras de sí (Sölle, 1978, p. 159). Por eso, “los cristianos no somos de derecha ni de izquierda, somos de abajo”. Esta contundente frase escuchada al muy cercano pastor John Hernández trae a la memoria la frase de Creón cuando sentencia, en la Antígona de Sófocles en el verso 522, “vete allá abajo si quieres amar” y de esta manera, finalmente, tiene la razón Ignacio Ellacuría cuando manifiesta que “en tiempos como estos no hay cosa más práctica que la teología”. Incluso, llega a ser tan práctica, que deja testimonios por la defensa de la vida. Y esto la embarnece y motiva a seguir soñando otro mundo posible. Queiruga continúa:

La fuerza del mal y del sufrimiento no impidió a la humanidad ver que todo está traspasado por el dinamismo divino, que es fuente y al mismo tiempo horizonte. Nunca hubo plena evidencia, pero algo nos ha dicho siempre que el sufrimiento tendrá un final en la comunión definitiva con Dios (2013, p. 28).

La Teología es praxis desde su inicio hasta su final. Se hace Teología para morir, el quehacer teológico es un ejercicio de desidolatrización de la realidad y, por eso, se

termina proyectando la historia hacia la cada vez más accesible plenitud de la vida. Pero todavía no es hora, todavía no se ve y apenas puede anticiparse esta realidad de humanización para seguir “razonando sentientemente” con el poema de Joan Maragall:

*Decidme dónde haya existido una sociedad verdaderamente cristiana.
Yo no lo sé.*

*Yo sé de algunas personas dispersas que han vivido en Cristo,
y sé de instituciones originadas en su espíritu;
pero de que haya existido una sociedad verdaderamente cristiana,
de hombres vivos en Cristo,
que haya permanecido,
yo no lo sé.*

Por eso creo que la historia verdadera de la Humanidad está aún por empezar.

*Y que este mundo en que vivimos
-o creemos vivir-
de Estados y de leyes,
y monarquías,
y repúblicas,
y socialismos y negocios,
y de clases...*

Este mundo yo creo que no es más que una prehistoria de la Humanidad:

*que todavía hemos de empezar a vivir
-lo que se llama vivir-
y que la vida está todavía oculta en nosotros;
y que en cada uno de nosotros está todavía el Hijo de Dios
predicando su Evangelio,
esforzándose por avivar la chispa de la luz eterna,
de la que cada persona es sagrario,
para incendiar el mundo en la vida que guarda dentro,
y consumir así la creación de la tierra.*

Referencias

- Boff, L. (2017). *La irrupción del espíritu en la evolución de la historia*. Madrid: Editorial Trotta.
- De la Torre, G. (2009). *Pensamiento Claretiano*. Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana.
- De la Torre, G. (2000). *Hermenéutica Bíblica Contextualizada*. Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana.
- Lopes Torres, M. (1997). Mujeres que se inventan salidas (Mateo 1,1-17), *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, RIBLA, 25, pp. 52-58.

- Meza Rueda, J.L. (dir.). (2017). *El arte de interpretar en teología. Compendio de hermenéutica teológica*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Parra, A. (2005). Informe sobre el saber, *Colección Teología y Sociedad. Teología Latinoamericana: aspectos críticos y nuevas perspectivas*, 3, pp. 9-18.
- Queiruga, A. (2013). *Alguien así es el Dios en el que yo creo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Richard, P. (2004). *Fuerza ética y espiritual de la Teología de la Liberación*. San José: Editorial DEI.
- Sölle, D. (1978). *Sufrimiento*. Salamanca: Editorial Sígueme
- Tamayo, J.J. (s.f.). *Filosofía y Teología, Religión y Razón I y II*. [Documento inédito].
- Tamayo, J.J. (2018). *Hacia una mística de ojos abiertos, corazón solidario y amor políticamente eficaz*. Discurso de apertura del 38º Congreso de Teología sobre Mística y Liberación organizado por la Asociación de Teólogas y Teólogos Juan XXIII.
- Vergara Hoyos, J.V. (2016). *El estatuto de la memoria en el ámbito epistemológico de la teología*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Vigil, J.M. (2005). *Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de teología popular*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Vivas Albán, M.S. (2001). *Mujeres que buscan liberación. Identidad de la Mujer*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL



QUIBDÓ / COLOMBIA